



Clases y realineamientos políticos tras la muerte de Kirchner **Acerca de la nueva coyuntura y las tareas planteadas**

Para probar una vez más la fragilidad del sistema político de las clases dominantes en Argentina, la muerte del ex presidente dio lugar a movimientos espasmódicos para reubicarse frente a las elecciones de 2011. Predomina una dinámica tendiente a la reunificación del PJ. Se fortalece la estrategia bipartidista. El gran capital observa y espera antes de santificar su candidato/a. Habrá un lapso de tres o cuatro meses antes de que el proceso decante. Mientras tanto, a la izquierda también se siente el cimbro-

nazo. La ausencia política y sindical de la clase obrera condiciona los pasos de una perspectiva revolucionaria. Aun así son visibles los esfuerzos por afirmar una alternativa real. Numerosas iniciativas apuntan a plasmar una instancia de unidad social y política de masas. No lo hacen en torno a las elecciones, pero toman en cuenta esa perspectiva inminente. En diversos ámbitos se constituyen Mesas de Trabajo, con pluralidad y compromiso de accionar democrático. Apuntan a un Encuentro Nacional en marzo próximo.

En rara coincidencia, cuando la transición a medias exitosa de 2002/2003 entró en un callejón oscuro y el andamiaje político oficial comenzó a crujir, murió el ex presidente Néstor Kirchner.

Una oleada de perplejidad se abatió sobre franjas significativas de luchadores sociales y políticos. En esa confusión, puede percibirse en algunas organizaciones y cuadros el temor a cometer errores que los coloquen al margen de una fuerza social a la que suponen muy poderosa, dadas las manifestaciones de pesar producidas en torno al velatorio de Kirchner, en las que los jóvenes ocuparon un lugar relevante. Se afirma igualmente que tal error, además de aislar a quien caiga en él, contribuiría con las fuerzas de derecha para frenar un gobierno al que se califica como «progresista».

Tras estos temores late la incapacidad de las fuerzas revolucionarias para usufructuar el quiebre sin precedentes del poder burgués en 2001/2002, a favor de los intereses

del pueblo y la nación. También la certeza de que, desde entonces hasta hoy, no se construyó nada sólido para responder a las causas profundas que produjeron aquel colapso y arrojaron a millones de compatriotas a la miseria y la desesperación. Por eso, tal vez, el fallecimiento de quien en tales circunstancias supo hacerse del gobierno produjo un fuerte impacto en la conducta de quienes, habiendo sido beneficiados por la salida del país del torbellino de la crisis, atribuyeron a Kirchner ese efecto.

Otro tanto ocurrió con líderes latinoamericanos que vinieron a rendir tributo al mandatario en quien reconocieron la figura que sacó a Argentina de la vergonzosa situación de completa sumisión a la voluntad de los imperialistas estadounidenses y europeos.

Hechos, no palabras

A menudo es ingrato decir la verdad. Éste es un caso. Hemos de repetir afirmaciones en otras oportu-

nidades señaladas.

Para eludir confusiones, hay que comenzar recordando que, contra el impresionismo infantoizquierdista que identificó a Kirchner con Menem, sostuvimos la naturaleza social por completo diferente de su gobierno, resultante del golpe de mano lanzado por un ala de la burguesía articulado por los jefes de los partidos PJ y UCR. La operación comandada por Eduardo Duhalde y Raúl Alfonsín representaba a un sector del capital por completo diferente al que representó la década cavallista. Tras una sucesión de marionetas sentadas en el sillón de Rivadavia, los dos partidos (a su vez fracturados por la división del capital) entregaron la presidencia a Duhalde, quien a su turno, ante la imposibilidad de garantizar la sucesión que esa franja de la burguesía demandaba, entregó el gobierno a Kirchner.

En 2004 enfrentamos sin rodeos ni vacilaciones al izquierdismo que no comprendió el significado de la

actitud adoptada por el gobierno el 24 de marzo de aquel año, y poco después, calificamos como dislate ridículo la afirmación de quienes sostenían que el país ingresaba en «una escalada represiva». Un año después, saludamos como correspondía el importante papel del gobierno argentino en la articulación de lo que sería un mazazo mortal contra el Alca, un proyecto clave para el imperialismo.

Pero nuestra caracterización del gobierno Kirchner no quedó allí. Como respecto de la catadura de Duhalde hay pocas dudas, será tanto más elocuente entonces, en reivindicación de una mirada objetiva de la realidad, recordar ahora, como lo hicimos en su momento, que él fue quien cambió el voto de Argentina contra Cuba en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU; él fue el primer presidente (el motor en ese momento decisivo) que calificó como golpe de Estado la asonada dirigida por Estados Unidos contra Hugo Chávez en abril de 2002; él fue quien entregó subsidios masivos a desocupados en 2002, lanzando sumas siderales al consumo que, en combinación con una devaluación del 400%, cambiaron en redondo la matriz productiva impuesta por el así llamado «neoliberalismo» en la década de 1990 e inauguraron el período económico que actualmente vive el país. Fue también el ministro de Economía de Duhalde, Roberto Lavagna, quien ocupando el mismo lugar clave en el gobierno de Kirchner, afianzó esa política y completó la renegociación de la deuda externa con una quita del 70%.

De modo que, si se trata de reconocer aspectos positivos a un elenco ajeno y opuesto por el vértice a posturas revolucionarias, habrá que comenzar con Duhalde antes de otorgarle lo que corresponde a Kirchner.

Lo que está en juego en la valo-

ración no tanto del pasado reciente, sino del futuro próximo, en la calificación del legado de Kirchner y el papel de su esposa ante los desafíos de nuestro país y de América Latina, no es la adhesión o no a una persona, una conducta, una capacidad. Se trata del lugar que se le asigne, en la lucha de clases contemporánea, a la franja social a la que se le ha querido atribuir nuevamente la condición de «burguesía nacional».

Es un debate largamente superado por la teoría, pero reaparecido al calor del derrumbe de las ideas de la revolución que acompañó la degradación de la Revolución Rusa primero y su derrumbe después. En el contexto de la debacle argentina este debate adopta características particulares. Y no hay modo de eludir su tratamiento concreto.

Historia e identidad

«*Moral y luces, son nuestras primeras necesidades*». Esta propuesta programática la afirmó Simón Bolívar doscientos años atrás, como punto de partida del proyecto emancipador que emprendía.

En la Argentina de hoy tal demanda tiene más vigencia aun que entonces. En el momento de mayor desagregación nacional, confusión ideológica y parálisis política, nada se reconstituirá sin un grandioso esfuerzo de voluntad e inteligencia, afirmado en torno a una férrea conducta moral.

Así como es insoslayable una estrategia -el socialismo del siglo XXI, ergo, comprensión teórica del sistema dominante- resulta imprescindible un patrón de conducta ajeno y opuesto al asumido por las clases dominantes del capitalismo tardío y transformado en ideología de las clases dominadas. No hay modo de eludir la exigencia: moral y luces son nuestras primeras necesidades.

Sin ética la historia se reduce a

anécdota inconexa. Sin moral, el accionar político es labor de asalariados. La crisis del capitalismo provoca un derrumbe universal de valores, destruye el cuerpo ético social y deja a individuos y colectivos librados a su propio carácter, el cual se acerará o derruirá según el ámbito conceptual y humano en el que se desenvuelva.

En tales circunstancias el papel de uno o algunos individuos constituidos en propuesta histórica podrá hacer la diferencia entre la edificación de una columna social de avanzada, o la desarticulación en el individualismo y el pragmatismo.

A la retaguardia de la respuesta revolucionaria que en América Latina se levanta contra el colapso capitalista, Argentina está en cambio en la primera línea de la desagregación moral y en el punto más bajo de la decadencia ideológica. Desde hace décadas el sistema político resultante practica una selección a la inversa, catapultando a los lugares de prevalencia y ejecución a quienes con mayor flexibilidad sean capaces de amoldarse a los imperativos del sistema en su ocaso.

El trastrueque de valores es tal que parece ser moneda corriente la convicción de que un proyecto político puede ser exitoso sólo si, como punto de partida, excluye una plataforma teórica consistente desde la cual conocer la realidad y apela a la ausencia de ética como primera condición para el accionar político.

A contra corriente, reivindicamos aquella potente exigencia de Bolívar. Y no lo hacemos desde una moral abstracta ajena al combate político. Todo lo contrario: es para nosotros la plataforma insoslayable para ese combate. Asumimos la moral de los explotados y oprimidos, la moral de la revolución, como continuidad de una lucha que no ha comenzado ayer. La asumimos como bandera de la victoria que

anhelamos y que, por cierto, nada tiene que ver con obtener más o menos votos en una elección amarrada por el Estado burgués.

Tenemos una historia muy rica en hombres y mujeres probos y lúcidos; tenemos una historia muy larga de héroes y mártires en la lucha contra sucesivos imperios; tenemos una lista muy larga de nombres venerables por su sacrificio en la lucha contra la explotación capitalista.

El combate, en Argentina y el mundo, exige respuestas netas, dictadas por la inteligencia, la generosidad y el coraje.

Ambivalencia

Resultante de una profundísima crisis sin respuesta revolucionaria, Kirchner siguió un movimiento esencialmente contradictorio. Por un lado, buscó dotarse de una base social propia mediante la promoción de una supuesta «burguesía nacional», fórmula que calzaba con la tradición peronista y la ambición por aumentar su fortuna. Con esto, como sector advenedizo en el entramado burgués, produjo los choques esperables con quienes se vieron inmediata o potencialmente afectados por un grupo que apalancó sus negocios con el aparato del Estado. Tal protoburguesía levantó en las capas consolidadas del capital escozores presentados por algunos como resultados de una supuesta radicalidad antisistema del elenco gobernante. Simultáneamente Kirchner se esforzó por consolidar el bipartidismo burgués-imperialista (PJ-UCR), incorporándose al viejo y tantas veces vituperado aparato mafioso del «pejotismo» (llamado así por los propios peronista que reivindican posiciones progresistas y revolucionarias) y haciendo aprobar una ley de partidos políticos que consolida esas dos estructuras y condena todo intento por crear formas alternativas.

Ese proyecto carente de basamento teórico, sin otro mérito que la habilidad para manipular punteros, mentir sin límites y apelar constantemente al doble discurso, no podía tener más aliento que el que tuvo. Kirchner fue derrotado el 28 de junio de 2009 y ya no pudo levantarse. El PJ se le fue de las manos y el FpV mostró que jamás pasó de ser, como lo calificó Eslabón en 2004, «un aguantadero temporario». El kirchnerismo murió antes que Kirchner. Allí están, para probarlo, la disgregación de los intendentes del Gran Buenos Aires, el pase a la oposición de Daniel Scioli (luego rápidamente disimulado para afron-

tar la coyuntura) y el papel de jefe verdadero de Hugo Moyano, quien mostró su lugar arrastrando a Kirchner y su esposa a un acto en un estadio, donde los puso entre la espada y la pared.

Ahora, con la muerte de su primer representante, el kirchnerismo se comba inexorablemente hacia un PJ en camino a la reunificación de sus partes esenciales. Figuras conocidas y repudiadas del PJ tradicional y la burocracia sindical tomarán el control, sin que ello signifique necesariamente que la Sra. Fernández deba resignar su lugar de futura candidata.

El contradictorio desempeño de

crítica

de nuestro tiempo

REVISTA INTERNACIONAL DE TEORÍA Y POLÍTICA

Año XIX- Nº41
Julio - Octubre 2010

Argentina | Bolivia |
Paraguay | Uruguay |
Venezuela

FORO DE SÃO PAULO Y V INTERNACIONAL

Reforma y revolución en el siglo XXI | Luis Bilbao

NICARAGUA

La Revolución Sandinista en su segunda etapa | Carlos Fonseca Terán

VENEZUELA

Declaración de Principios del Psuv

DOCUMENTOS PARA LA MILITANCIA

Análisis y líneas de acción en Argentina | diciembre 2009 - julio 2010

Kirchner no acabará seguramente por completo. Pero la resultante de los zigzagueos será neta a favor del bipartidismo, del capital más concentrado local e imperialista, del pago de la deuda eterna, del sometimiento real -eventualmente con formas heterodoxas y por supuesto sin aparecer abiertamente opuesto a los procesos de revolución social en curso en América Latina- a la voluntad de Washington.

El cuadro de situación mundial, la agudización estructural de la crisis capitalista, el avance de la revolución en Venezuela, Bolivia, Ecuador y los restantes países del Alba, son los factores que restringen a un mínimo los márgenes para el doble discurso de un gobierno en Argentina. Si Cristina Fernández torciera claramente el rumbo, dejara de drenar riquezas para pagar deuda fraudulenta, rompiera con Repsol y Barrick Gold, entre tantos otros, si reestatizara todas las empresas privatizadas en los 1990, si sacara a Argentina del G-20 y se sumara al Alba, si retirara el veto al pago del 82% móvil en lugar de insistir con el pago al Club de París, la UMS convocaría a un acto público para autocriticar su error y formalizar el apoyo al gobierno. Mientras tanto, continuamos con la interpretación que paso a paso, sin hacer concesiones a los desvaríos infantoizquierdistas ni ceder ante las presiones oportunistas, hemos sostenido desde que apareció este elenco gobernante. Invitamos a releer **Eslabón** y otros muchos materiales especiales para corroborar que no estamos improvisando una respuesta ante la conmoción por la muerte de Kirchner.

Coyuntura y realineamiento de clases

¿Cómo están ubicándose las clases en la nueva coyuntura mundial y nacional? Ésa es nuestra preocupación y motivo de estudio y análisis.

La división de la burguesía en partidos y fórmulas electorales cuenta sólo en muy subordinada medida. Habría una división real si hubiese un bloque del capital que bregara por romper con el G-20, tomar el rumbo contrario al impuesto por Washington y poner proa a la Unasur como ámbito mercantil propio.

No la interpretación subjetiva acerca la cantidad y los sentimientos de las personas que sinceramente o no hayan salido a acompañar el féretro de Néstor Kirchner.

Comencemos por los trabajadores, la clase a la que pertenecemos y cuyos intereses históricos pretendemos representar en todo momento y cualquier circunstancia.

En los años 1960, y más acentuadamente en los 1970, la burocracia sindical acuñó un concepto para oponerse al proletariado que venía desafiando exitosamente su hegemonía: el «*movimiento obrero organizado*». En aquella oportunidad, opusimos a ese concepto de movimiento obrero doblemente sometido al Estado y a una cúpula ajena a los intereses y las necesidades de los trabajadores, la noción «*movimiento obrero real*».

Aunque no exactamente, es posible hacer una asimilación del concepto «*movimiento obrero organizado*» al clásico marxista de «clase obrera en sí». Y como contraparte, identificar la expresión «clase obrera real» con el clásico «clase obrera para sí».

Un siglo y medio atrás, en la naciente teoría marxista, «clase obrera en sí» aludía a un concepto objetivo: el conjunto de trabajadores, sin conciencia de clase; es decir, sin la asunción de la lucha de clases. Por el contrario, «clase obrera para sí», indicaba un proletariado consciente de su lugar en la sociedad y, en

consecuencia, en lucha con las expresiones políticas de las clases dominantes.

Esta distinción importa sobremanera en la Argentina de nuestros días, muy particularmente en la coyuntura abierta por la muerte de Néstor Kirchner. El *movimiento obrero organizado* (contraparte histórica, desde los años 60, del *movimiento obrero real*), está hoy como soporte principal -único, si se exceptúa un manojo de burgueses advenedizos que busca un lugar en el mundo del gran capital), del gobierno de CF. El *movimiento obrero real*, en el sentido indicado, no existe: está enajenado y disgregado, sin carnadura en ninguna expresión organizativa unificada o, siquiera, potencialmente unificadora.

El lamentable desenlace de la CTA, donde tantos valiosos militantes de todo el espectro ideológico pusieron esfuerzos y esperanzas, viene a darle un complemento dramático a la situación descrita de la clase trabajadora. No queda hoy un sólo centro de unidad social y política de los trabajadores. Las fuerzas genuinas, las vanguardias revolucionarias de clase, están desperdigadas. No sería asombroso que en este panorama estuviera germinando, por fin, un potente movimiento de clase con conciencia de tal y la determinación de alcanzar la unidad social y político de grandes masas, incluyendo grandes contingentes juveniles y franjas significa-

tivas de sectores medios oprimidos y empobrecidos. En todo caso, ésa es la perspectiva por la que trabaja la UMS.

En cuanto a la burguesía, no está menos dividida y organizativamente desarmada que el proletariado. Pero, claro, es la clase dominante y de esa posición extrae la capacidad para reciclar variantes que, con los rasgos que la circunstancias impongan, defienden como principal fundamento la vigencia del capitalismo.

Por razones que analizamos aparte, el capital tiene en Argentina margen económico para sostener el equilibrio, a condición de mantener altísimas tasas de ganancia y, otra vez mediante el predominio del capital financiero, succionar cantidades siderales de riqueza en favor de las metrópolis imperialistas.

Hasta la muerte de Kirchner, la burguesía imperialista continuaba promoviendo figuras como Elisa Carrió y Mauricio Macri, mientras alentaba un PJ Federal destinado a completar, a término, el desguace del kirchnerismo. Los sectores del capital representados en 2001 por Duhalde y Alfonsín apuntaban a una variante de bipartidismo consolidado, con la UCR, el PS y otros fragmentos «progresistas» por un lado, y el PJ Federal por otro. Duhalde había ya afirmado que «el próximo no será un gobierno peronista», reservándose así, para él mismo o algún testaferro utilitario, una candidatura perdedora pero suficiente para impedir una victoria del oficialismo en primera vuelta, lo cual, en el cuadro pre-mortem, significaba la derrota de Kirchner.

Semejante bonhomía burguesa se explica por dos razones principales: una coyuntura de relativo auge económico en un mundo en debacle, más la completa ausencia política -e incluso sindical- de la clase obrera. Así, la lucha interburguesa podía plantearse de manera «cívica», centrando cañones comunes

en un oficialismo disonante sólo en dos factores, aunque de peso: la condescendencia con los procesos revolucionarios latinoamericanos y la voracidad para ocupar espacios económicos de las burguesías tradicionales.

Hasta octubre podía asegurarse que la suerte estaba echada. Los sondeos que daban perdedor a Kirchner apuraban la ruptura con su fracción de los intendentes del conurbano. Y hasta los titeres en el Senado y Diputados hacían planes por su lado. Fue el punto en que Moyano lanzó su estocada, a la luz pública y ante un estadio colmado por el aparato burocrático en casi todas sus vertientes.

Ironías de la historia, fue precisamente en ese punto que el corazón le falló a Kirchner; y las fracciones que lo querían vencido, pasaron a sufrir su muerte.

La movilización durante su sepelio pareció cambiar el cuadrante electoral del país. Proliferan las encuestas asegurando que Cristina Fernández ganaría en primera vuelta... si las elecciones fueran hoy. Desde un sector del oficialismo se promueve el adelanto del calendario electoral, para realizar las presidenciales seis meses antes de lo establecido (esa táctica ya la ensayó Kirchner, sin suerte, el año pasado). Y se observan desplazamientos, más bien obscenos, para ajustarse al supuesto nuevo molde.

No incurriremos en la irresponsabilidad de afirmar que Fernández será ganadora o perdedora en las presidenciales, sean estas el 31 de octubre de 2011 o un semestre antes. Es otra la lente con la que miramos la realidad argentina. Lo que no obsta para advertir que, dado los precedentes y la salvaje lucha interna del peronismo, puede acabar minando no sólo al oficialismo sino a la oposición de su majestad encabezada por la UCR, y abrir una brecha por la que pudie-

ra entrar una tercera fuerza, más a la izquierda que el «progresismo» alfonsinista. Sin embargo eso no es lo fundamental.

El nunca definido «modelo», que algunos quieren «profundizar», mientras otros bregan por cambiar, en realidad es la nada novedosa venta masiva de materias primas -circunstancialmente con altos precios- más la producción fuera de todo criterio de automóviles (cuyas partes vienen en su mayoría de Brasil), para un país con cada día más pobres, marginalizados y hambrientos, que para colmo no tiene rutas adecuadas y pasa así a ubicar los accidentes viales como primera causa de mortalidad.

Esa farsa -sea en términos económicos, sociales o ecológicos- no puede durar. La utopía de los «países emergentes» (expresión mentirosa creada por los vendedores de fondos de inversión que necesitaban un nombre más atractivo que el anterior «tercer mundo» o «países subdesarrollados»), se derrumbará y arrastrará con ella a todas las formaciones políticas que le sirven en el último tramo de la agonía capitalista a escala planetaria.

Cada quién decide para qué y para cuánto trabaja. La UMS no elude en modo alguno una eventual participación electoral, pero no es esa disputa, en el cuadro actual, la que dicta sus pasos. La división de la burguesía en partidos y fórmulas electorales cuenta sólo en muy subordinada medida. Habría una división real si hubiese un bloque del capital que bregara por romper con el G-20, tomar el rumbo contrario al impuesto por Washington y poner proa a la Unasur como ámbito mercantil propio.

Ni siquiera en Brasil se observa semejante alineamiento. La única burguesía regional con arrestos de independencia para disputarle la plusvalía hemisférica a Estados Unidos, se arrodilla ante los dicta-

dos del G-20 mientras hace fintas cada vez menos impactantes en el ámbito suramericano. De hecho la Unasur está paralizada por el accionar negativo de las burguesías de Brasil y Argentina. Quienes esperan un comportamiento más radical -entiéndase más drástico, más «profundizador», de la protoburguesía kirchnerista, deberían estudiar un poco más la historia reciente y remota. Como sea, el hecho es que en medio de las peleas por parcelas de poder y prebendas, la burguesía local está encolumnada tras la estrategia imperialista para afrontar la crisis capitalista. En términos generales, eso empuja hacia la reunificación del PJ. Es imposible prever si eso se dará o no y cómo serán las eventuales relaciones internas que pudieren surgir de tal proceso. Pero eso es irrelevante a los efectos de trazar una estrategia revolucionaria.

El panorama electoral

Otros deben ser los motivos que ocupen el pensamiento y la acción. En primer lugar, descartar la idea de que la burguesía opositora está empeñada en un golpe de Estado. No hace falta decir que si ése fuese el caso, la UMS defendería sin dudar la continuidad del gobierno constitucional. Pero «la voluntad destituyente», estafa moral y política con la que se alarmó a una parte de la militancia para mejor manipularla, es hoy menos real que nunca. Para que ese riesgo existiera, debería ocurrir que, o bien la Presidente

gira en redondo y adopta el programa y la estrategia de la revolución latinoamericana, o bien su gobierno, minado por las luchas internas del PJ, pierde la estabilidad. Nada de eso es presumible cuando falta un año para las presidenciales.

La táctica política de afrontar las elecciones presidenciales de 2011 con CF como candidata y la CGT como soporte fundamental -política, electoral y organizativamente- es una inconsciente deriva hacia el fascismo de sectores desnortados de la pequeña burguesía así llamada «progresista», que en su suprema confusión histórica respecto de la situación que vive el capitalismo mundial y Argentina en particular, amenaza con cumplir una vez más su papel del portero del fascismo, esta vez en nuestro país.

Lo peor no está únicamente en la oposición burguesa. También está dentro del gobierno: el sionista Héctor Timerman, el ucedeísta Amado Boudou, el duhaldista (avanzado con méritos propios) Aníbal Fernández, para poner sólo los casos más relevantes.

Hay un riesgo simétrico. La táctica política de ganarle a CF en las presidenciales con base en la pequeña burguesía disgregada al extremo y conceptualmente rechazada, es un suicidio estratégico que, si en apariencia puede interpretarse como opuesto al anterior, en la realidad es lo mismo, con envoltura diferente. Son dos formas de expresión política de los sectores medios en ausencia de una fuerza de atracción suficientemente poderosa como para arrancarlos de su miope y mezquina visión del mundo.

El dilema sería de sencilla resolución si las cosas se limitaran a esa aparente opción. Pero el problema real consiste en que, ante la inexistencia del «*movimiento obrero real*» (más precisamente dicho: el movimiento obrero *para sí*), las

fuerzas revolucionarias no tienen un sujeto social al cual amarrar su programa de acción y sus eventuales candidaturas.

De hecho, quien quiera que se proponga representar la perspectiva histórica del proletariado, no podrá sino traducir la realidad del movimiento obrero en esta coyuntura. Pero hay diferentes maneras de hacerlo: desde la óptica sectaria, desde la práctica oportunista, desde la estrategia revolucionaria y socialista.

En esto último empeñará sus fuerzas la Unión de Militantes por el Socialismo. Distante de la resignación; ajena al pesimismo; opuesta a toda forma de renuncia o tergiversación del objetivo socialista.

La dialéctica de la historia que ha colocado a los revolucionarios argentinos en esta dura encrucijada se explica también por las potencias que laten bajo el manto de pasividad, subordinación y desvío, como bajo la nieve espera su momento la explosión de verde y vida cuando la primavera llega.

En búsqueda de luces y en defensa de la moral, en continuidad con los encuentros Huerta Grande-Cordobazo y posteriormente Rosario (ver Declaraciones en www.uniondemilitantes.com.ar), junto con otros agrupamientos militantes promovemos para el 27 de noviembre próximo una reunión preparatoria de un gran encuentro nacional, en marzo de 2011. Abriremos allí una discusión franca acerca de la naturaleza y perspectivas de la nueva coyuntura a partir del fallecimiento de Kirchner. Replantearemos la manera de avanzar efectivamente en instancias de unidad social y política, estrategia que incluye la eventual participación en las múltiples elecciones de 2011. Mediremos las posibilidades y las formas de incorporar a trabajadores y jóvenes al potente movimiento revolucionario latinoamericano expresado en el Alba.

Eslabón

para la recomposición
de las fuerzas marxistas
Órgano del Comité Central de la
Unión de Militantes por el Socialismo
Cierre de esta edición:
10 de noviembre de 2010

Correo electrónico:
ums-argentina@fibertel.com.ar
pagina en internet:
www.uniondemilitantes.com.ar